

suponia su indivisibilidad. A falta de hijo debía suceder al príncipe elector el hermano mayor de los existentes, prescindiendo de los hijos que hubiesen dejado los hermanos mayores que hubiesen muerto.

Lo que mas demuestra el verdadero objeto de la bula de oro es la participacion que concede á los príncipes electores en el gobierno del imperio, con lo cual amplía su poder é importancia considerablemente. Respecto de este punto, prescribe que los príncipes electores se reunan cada año con el emperador cuatro semanas despues de Pascua para celebrar consejo y tratar de los asuntos del imperio. Si esta prescripcion se hubiera cumplido, el gobierno del imperio habria perdido todo carácter monárquico, porque hubiera estado en manos de una junta ó colegio presidido por el emperador; de suerte que la bula de oro no usa una mera figura retórica cuando llama á los príncipes electores repetidas veces, «las columnas del imperio.» Mas que esto fueron al poco tiempo, á saber: el órgano de un poder central de una confederacion de los Estados que componian el imperio, que fué á donde llegó éste á parar en el transcurso de algunos decenios.

Este último hecho decide por sí solo el mérito que corresponde á la bula de oro en el desenvolvimiento de la constitucion del imperio. Arregló pacíficamente varias cuestiones contenciosas, y dificultó la repetición de elecciones dobles, es verdad; pero el orden que estableció se fundó sobre el atropello brutal de los derechos de los nobles, magnates y ciudades libres del imperio; reconoció el derecho electoral tradicional anexo á los siete principados electorales y lo arregló muy arbitrariamente respecto de los territorios y familias reinantes y sus diferentes ramas, y además concedió privilegios á los así favorecidos, que les eximian de la autoridad del emperador y les hacian casi colegas suyos; lo cual era otra disminucion de la autoridad real, asaz menguada ya. Por otra parte los demás príncipes y magnates del imperio, particularmente los que no cedían en extension de dominios ni en poder á los príncipes electores, como eran los duques de Austria, Baviera y otros, se vieron no solamente postergados, sino reducidos á una categoría inferior, y era natural que empleasen todo su poder y energía para conquistar igual posición privilegiada, independiente de la autoridad suprema, y hacerse soberanos casi absolutos é independientes en sus dominios. La bula era, pues, una provocacion directa á todos los miembros del imperio para que se hicieran independientes y aflojaran y destruyeran así la union de todos, que constituía el imperio; porque cada ventaja obtenida por una de las partes componentes cercenaba el poder real, y atropellaba el derecho de todos los súbditos sometiéndolos en un todo á la jurisdiccion inapelable de su señor particular y soberano inmediato. En este concepto la bula de oro aceleró en gran manera la descomposicion del imperio é indujo á los magnates y demás miembros á cometer actos incalificables, como aquella célebre falsificacion austriaca del privilegio concedido por el emperador Federico I al nuevo ducado de Austria, añadiendo á los fueros concedidos tantos otros privilegios que, á haber sido verdad, habrían hecho á los Babenberg tan poderosos en Austria como lo pudieron ser despues los príncipes electorales, excepto que aquellos no podían tomar parte en la eleccion del rey. Con todo, mas fácil fué á los príncipes, magnates y señores hacerse dueños absolutos en sus dominios que alcanzar los privilegios soberanos que tenían los príncipes electores.

La tendencia absolutista de la bula de oro iba dirigida principalmente contra las ciudades, respecto de las cuales Carlos IV siguió la lamentable política del emperador Fe-

derico II, pues que prohibió á las ciudades admitir ciudadanos que no residieran perennemente dentro de sus muros y formar alianzas entre sí y entre los ciudadanos de una misma comarca. La observancia rigurosa de esta prohibicion no podía menos de impedir el crecimiento de las ciudades y de acabar con las libertades de la clase media ó urbana, lastimando así terriblemente el elemento que empezaba entonces á prosperar material é intelectualmente y parecia destinado á ser con el tiempo el elemento director de la nacion alemana. Así se habia mostrado este elemento en la lucha de Luis el Bávaro contra el papado, animado de sentimiento nacional y pronto para toda clase de sacrificios patrióticos. Carlos y la bula de oro le impulsaron á la oposicion hostil al imperio y á sus disposiciones, en lugar de hacerlo, como en Inglaterra y Francia, la representacion y columna del imperio. La bula de oro representa, pues, un paso decisivo del absolutismo aleman contra la libertad, para reservar esta libertad exclusivamente para los príncipes, que habian de ser las únicas personas libres. Tanto fué así, que no solamente las ciudades, sino los señores nobles y caballeros de horca y cuchillo temieron perder su libertad y ser degradados hasta el nivel de meros súbditos mudos. En fin, la bula de oro decidió en principio la soberanía absoluta de los príncipes.

Acasó no previó ni buscó Carlos IV adrede estos resultados con su bula de oro, la cual estaba destinada probablemente solo á abrir el camino á la realizacion de sus planes ulteriores; pero como no pudo realizarlos en la forma que habia calculado, produjo la bula las consecuencias indicadas con mayor ímpetu de lo que hubiera sucedido si el emperador hubiese podido realizar su plan primitivo. La bula de oro, codificacion y modificacion arbitraria del derecho embrionario del imperio aleman, solo habria podido producir el efecto calculado por Carlos si la monarquía particular de la casa de Luxemburgo, cuyos intereses estaba destinada á servir, se hubiese sostenido y conservado, despues de realizar todos los planes formados por el emperador para su engrandecimiento y consolidacion. Entonces habria sido tan poderoso el trono de Alemania, no por sí, sino por estar sentado en él un Luxemburgo, dueño como particular de la primera monarquía de Europa, que ningun temor habrían inspirado los príncipes electores con su participacion en el gobierno y con los demás privilegios que la bula les concedía. Entonces habria tenido el cetro de Alemania un poder mas compacto que nunca, el cual habria hecho sentir dentro del imperio una influencia irresistible.

Pero los proyectos de Carlos IV encontraron la mas decidida resistencia en Alemania, siendo su propio yerno, el duque Rodolfo IV de Austria, el jefe de una apasionada oposicion. Rodolfo, en union con los dos condes de Wurtemberg, Everardo y Ulrico, reñidos con Carlos IV, quiso hacer valer en el año 1359 los pretendidos derechos de la casa de Habsburgo sobre la Bohemia, y como para hacer escarnio de la bula de oro pensó en proclamar otro rey de Alemania, papel que él mismo se lisonjeaba de desempeñar. Carlos IV tomó disposiciones enérgicas y en 1360 venció á los citados condes y obligó á Rodolfo á renunciar á sus proyectos ambiciosos. Carlos no tardó en calmar completamente á su yerno y hasta consiguió una alianza estrecha con los Habsburgos proporcionándoles la posesion del Tirol, que pretendía tambien la casa de Wittelsbach, despues de la muerte de Menardo III, hijo de Margarita de Tirol, llamada Maultasch. Al propio tiempo procuró Carlos IV otra ventaja para su dinastía haciendo con la casa ducal un pacto de sucesion en febrero de 1364 en la ciudad de Brünn, segun el cual al extinguirse una de las casas heredaría la otra todos los domi-

nios de la extinguida. Así aliadas, y estrechando su alianza todavía mas con casamientos, las dos casas de Habsburgo y Luxemburgo prosperaron á expensas de la de Wittelsbach, que continuaba dividida por discordias interiores y que perdió sus dominios en el Norte de Alemania despues de haberlos salvado una vez mas en el año 1349. El duque Estéban de la Baviera Baja se apoderó de la Baviera Alta, que correspondía al joven Menardo, conde del Tirol; entonces Luis de Brandeburgo, para vengarse, se concertó con su hermano Oton, y ambos en el año 1363 hicieron un convenio con Carlos IV, cediendo á la dinastía de Luxemburgo, en caso de no tener ellos sucesion directa masculina, el derecho de sucesion en la Marca de Brandeburgo en cambio de su auxilio contra Estéban, hermano de Luis. Este murió sin dejar hijos en mayo de 1365 y su hermano Oton, llamado con razon el Perezoso por el pueblo, se casó con Catalina, hija de Carlos IV y viuda de Rodolfo IV de Austria, que habia muerto en 1365; y en el mes de agosto de 1373, seducido por las artes diplomáticas del emperador y en parte obligado por la fuerza, firmó un convenio en Furstenwalde, por el cual cedió á Carlos IV la Marca de Brandeburgo, reservándose el título de marqués, una fuerte indemnizacion en dinero y algunas plazas del Alto Palatinado. El Brandeburgo en 1374, con asentimiento de los Estados, fué incorporado al reino de Bohemia, con gran satisfaccion del pueblo, que de esta manera iba á participar del gobierno paternal, previsor y solícito de Carlos IV, y á gozar los beneficios del orden y de la tranquilidad. En efecto, Carlos IV fué para el Brandeburgo lo que habia sido siempre para su Bohemia amada, un padre cuya solícitud no omite trabajo y se informa minuciosamente de todas las necesidades y procura el bienestar y prosperidad de sus hijos. Carlos IV dió al Brandeburgo, donde la casa de Wittelsbach y su gobierno jamás se habian arraigado, los elementos de una nueva era de prosperidad.

Con esta adquisicion se vió Carlos IV dueño de un Estado tan dilatado y tan sólidamente trabado como jamás lo habia tenido príncipe aleman ninguno. La situacion geográfica de este Estado en el centro de Europa; su extension y trabazon interior, unidas á las relaciones de parentesco de la casa de Luxemburgo, prometían ser en manos del hábil diplomático Carlos IV la base de la gran monarquía central desde la cual podia dirigir los destinos del Occidente. Formaba el núcleo de esta monarquía el reino floreciente de Bohemia; la universidad de Praga era el centro intelectual de la nueva monarquía de los Luxemburgo; el Alto Palatinado, agregado al reino de Bohemia, penetraba muy adentro de la Franconia; la monarquía comprendía hácia el Sudeste el marquesado de Moravia, hácia el Este y Nordeste los principados de Silesia, de los cuales Schweidnitz y Jauer habian pasado á la casa de Luxemburgo á la muerte del duque Bolko II, último vástago de la dinastía de los Piasta y tío de la tercera esposa de Carlos IV; los otros principados en cuanto no formaban ya parte de Bohemia dependían desde largo tiempo de este país en calidad de feudos de la corona; hácia el Norte formaba parte del reino la Marca de Brandeburgo, que con la Uckermark y la Neumark penetraba muy adentro de la Pomerania y aseguraba á su soberano la participacion en el gobierno de los pueblos del Báltico, mientras la Antigua Marca le comunicaba con la Baja Sajonia. Hácia el Oeste habia conquistado el genio previsor de Carlos IV varias etapas aprovechando la penuria de algunos dueños de señoríos que para salir de apuros reconocieron su soberanía. Estos islotes bohemios podían servir despues de bases para otros tantos pilares de un puente que uniera en su día la Bohemia con el Oeste y en primer lugar con el Luxemburgo, la patria y antiguo dominio patrimonial de la dinastía que en

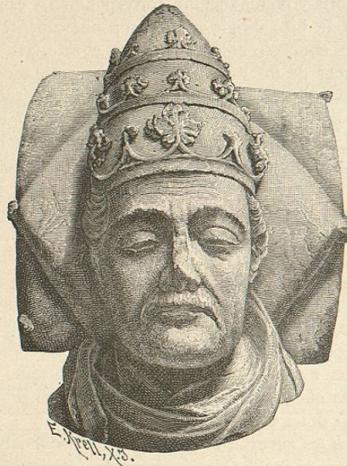
cortísimo tiempo habia llegado á ser una potencia europea. Con el matrimonio de Wenceslao, hermano de Carlos IV, habia ingresado en los dominios de la casa de Luxemburgo hasta una parte de los Países Bajos, y el convenio de Brunn habia dado á Carlos IV gran probabilidad de incorporar á su monarquía las posesiones de la casa de Habsburgo á la muerte de Rodolfo IV, hombre inquieto que tenia por herederos dos hermanos menores. En estas circunstancias bien podia contar Carlos IV, confiando en su buena estrella, con la adquisicion del Austria con la Estiria, el Tirol, la Carintia y la Carniola; y entonces, á lo menos en vida de sus descendientes, se extendería su imperio particular casi desde el Báltico hasta el Adriático.

El gran poderío y el territorio dilatado de Carlos IV aumentaron el brillo de la corona imperial que ceñía, y este brillo le imponía el deber de hacer valer los derechos que á lo menos en teoría y nominalmente correspondían á esta corona. Esta idea le hizo dirigir su atencion nuevamente á Italia, tanto en el concepto político como en el eclesiástico. El excesivo poder de los Visconti de Milan, nombrados vicarios imperiales, amenazaba la independencia de los soberanos y ciudades libres del Norte de Italia y hasta la del Estado de la Iglesia, sometido de nuevo al Papa con férrea mano por el cardenal Alborno; y tanto los citados soberanos y ciudades como el papa Urbano V, sucesor de Inocencio VI, habian excitado á Carlos IV á poner á raya á los Visconti. Al mismo tiempo se aumentaron los clamores de los que pedían la vuelta del Papa á Roma. El cumplimiento de este deseo interesaba tambien al emperador, primero para emancipar al Papa de la influencia de Francia, y despues porque la estancia del Papa en Roma daba mayor importancia á la corona imperial. Todos estos intereses y consideraciones formaban una madeja tan enredada, que su arreglo excitaba tambien la aficion de Carlos IV á ejercitar en provecho de su casa sus dotes diplomáticas.

Mientras los adversarios de los Visconti solicitaban el auxilio del emperador, y Génova, Venecia y Florencia le renovaban sus homenajes y se reconocían tributarios del imperio, marchó Carlos IV á Aviñon para concertar con Urbano V la vuelta de la corte pontificia á la ciudad eterna y una cruzada contra los infieles, para emplear en ella las bandas mercenarias que infestaban la Italia y constituían la fuerza principal de los Visconti, los cuales una vez perdido este medio terrorífico tendrían que adoptar forzosamente una conducta mas pacífica. Al propio tiempo hizo valer Carlos el antiguo derecho del imperio sobre el reino de Arles, y en el mes de junio de 1365 fué coronado en Arles efectivamente rey de este país. En la situacion en que á la sazón se encontraba Francia despues de la muerte del rey Juan, cuñado de Carlos IV, no era al parecer empresa imposible la de reconquistar de hecho este reino.

De todas maneras era menester que antes volviera el Papa á Roma; pero Urbano V declaró que la vuelta de la curia á la ciudad eterna era imposible mientras no fuese allí primero el emperador y restableciera con mano fuerte el orden y la seguridad. Alcanzar esto á la fuerza era igualmente imposible, porque menos que nunca estaban dispuestos los príncipes alemanes á prestar su concurso armado á semejante empresa; siendo para muchos razon mas que suficiente para negarse á prestarlo el aumento de poder que habia de dar al emperador, tan poderoso ya como soberano particular, el éxito favorable de la expedicion. Entretanto, sin embargo, Urbano V se trasladó á Roma, á la cual encontró asolada, víctima de las contiendas continuas de los diferentes bandos de la nobleza. Tan difícil y precaria se hizo la situacion del Papa, que instó seriamente al emperador á cumplir la pala-

bra que le había dado en Aviñon, y fué menester que al fin Carlos IV pasara á Italia, á principios del año 1368. En estas circunstancias siguió Carlos la conducta que había observado antes, y en vez de valerse de la fuerza del ejército, empleó sus armas diplomáticas. Así las soluciones que obtuvo de las cuestiones pendientes no contentaron á nadie, siendo el único beneficiado, como la otra vez, Carlos. La fuerza armada que llevó consigo, unida á la que puso á su disposición la liga formada contra los Visconti, componía un ejército respetable; pero á pesar de esto admitió las primeras proposiciones de paz que le hicieron los duques de Milan, los cuales le prometieron un contingente armado siempre que estuviera en Italia, y abstenerse en adelante de toda hostilidad contra la Iglesia y especialmente contra su territorio. En cambio los Visconti, á quienes por



Cabeza de una estatua del papa Urbano V.  
Consérvase en el Museo de Aviñon.

lo demás Carlos IV estaba muy léjos de querer desarmar, conservaron por los servicios que segun las circunstancias podían prestarle ya contra el papado, ya contra otras potencias en Italia, todos sus dominios ó poco menos. Para lograr un arreglo firme que garantizara el orden y la tranquilidad y que al propio tiempo asegurara al emperador en lo venidero una influencia decisiva en el Norte de Italia, opinó Carlos IV que el medio mas seguro seria dividir la Italia septentrional entre los Visconti y los miembros de la liga formada contra éstos; pero ínterin se presentaba la ocasion para semejante arreglo dejó las cosas como estaban, y renunciando á toda intervencion radical contentóse con suavizar los antagonismos mas irritables y que continuamente reproducian los eternos conflictos.

Con esta política de balancin encontró el emperador obediencia y buena voluntad en todos los partidos, ya que ninguno tenia que temer de él perjuicios serios. Así pudo pasar por segunda vez á Roma sin obstáculos; pero aunque esta vez permaneció en la capital de la cristiandad mas tiempo que la vez primera, no dejó por eso huella alguna de su actividad imperial, y á fines del año 1368 emprendió su regreso á Alemania. En Siena vióse en grave peligro de parte de los habitantes que se sublevaron, y en otoño de 1369 repasó los Alpes. Pronto se desvanecieron los escasos resultados de la expedición, en parte diplomáticos y en parte pecuniarios, ya que no podían ser otros, atendidos los medios de que con

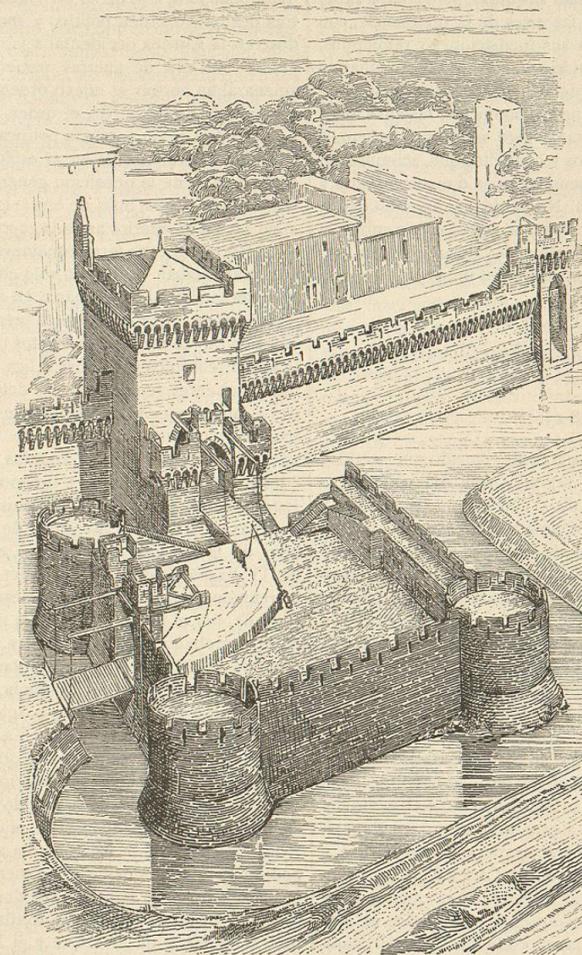
preferencia se servia Carlos IV, resultados que en el fondo no pasaron de ser una renovacion aparente de la aureola ficticia del imperio, completamente impotente, y que solo redundaban en beneficio particular de la casa de Luxemburgo. Visconti volvió á atacar á los Estados de la Iglesia con sus bandas mercenarias, que no quisieron alistarse en cruzada alguna fuera de Italia, y el papa Urbano V se vió tan apurado al cabo de dos años de permanencia en Roma, que no le quedó mas remedio que abandonar esta ciudad y el país y volverse á Aviñon.

La viva oposicion que la vuelta de la corte papal á Roma había encontrado en Aviñon, había hecho prever el peligro gravísimo que podia correr la unidad de la Iglesia, atendida la preponderancia del elemento francés en el colegio de cardenales, si la corte pontificia continuaba en la ciudad eterna.

Carlos IV, como hombre práctico, no se disimuló que solo podia consolidar para su casa los admirables resultados que con pocos medios había obtenido durante su feliz reinado, si se conservaba la corona real de Alemania en su familia y si ésta á la sombra del fomento aparente de los asuntos del imperio con la poca sustancia que conservaban las dos dignidades imperial y real de Alemania, trabajaba para formar una gran monarquía bajo el cetro de los Luxemburgo é independiente del imperio. Que éste era el objeto de todos sus actos lo evidenció Carlos IV con el ningun respeto que guardó á las disposiciones mas claras de su pomposa bula de oro, siempre que convenia á sus fines principales. De esta manera desacreditó él mismo en el último período de su reinado su propia obra, queriendo hacer hereditaria de hecho en su familia la corona real de Alemania, declarada por su famosa bula de oro dignidad absolutamente electiva, en consonancia con los principios proclamados en Oberlahnstein, Rense y Francfort, y á pesar de la tendencia antiquísima del pueblo alemán al principio hereditario. Además la citada bula prohibia terminantemente toda discusion respecto del sucesor del rey mientras éste ocupara el trono; pero á pesar de la evidente aversion de los príncipes electores y de las repetidas negativas de los que fueron solicitados, se empeñó Carlos IV en que durante su vida los príncipes eligieran á su hijo primogénito, Wenceslao, rey de Alemania, y finalmente lo consiguió á fuerza de dinero, recurso que en la diplomacia de Carlos IV hizo un papel principal y le procuró mas de un feliz éxito que de otra manera nunca habría alcanzado. Con dinero ganó á los tres electores eclesiásticos; le pertenecian también los votos correspondientes al reino de Bohemia y al marquesado de Brandeburgo, y los electores del Palatinado y de Sajonia acabaron por conformarse. Esta primera violacion de la ley del imperio, contenida en la bula de oro, dió lugar á otra mucho mas grave y que demostró la incompatibilidad existente entre los intereses de la casa de Luxemburgo y los derechos y el honor del imperio, y el ningun escrúpulo con que fueron sacrificados éstos á aquellos. Los príncipes electores al acceder al fin al deseo del emperador respecto de la eleccion de su hijo Wenceslao, lo hicieron con la condicion de que el Papa diera también su asentimiento; de suerte que se faltó al gran principio sentado por los príncipes electores en la reunion de Rense y que dió á la corona real de Alemania su carácter nacional alemán libre de toda ingerencia extranjera. No podia desear mas la curia que la anulacion de un principio que le era antipático, decretada por las mismas «columnas» del imperio. Con la anulacion voluntaria y no solicitada del principio de la independencia alemana, única ventaja que la Alemania había sacado de la lucha estéril de Luis el Bávoro contra el papado, se concedió

á la curia una intervencion en los asuntos interiores que por cierto no habría podido lograr entonces á la fuerza. Gregorio XI dió su aprobacion y los príncipes electores, en el mes de junio de 1376, proclamaron rey de Alemania á Wenceslao, que fué coronado á principios del mes siguiente en Aquisgran. Wenceslao, quizás el mas indigno de cuantos se han sentado en el trono de Carlomagno, estaba destina-

do á acelerar y empeorar la crisis interior que amenazaba á la Alemania y á suscitarle con su política despótica y caprichosa peligros gravísimos en el exterior. Elegido Wenceslao, solicitó Carlos IV su confirmacion del Papa, á pesar de que segun la bula de oro no se debía pedir á nadie la confirmacion de un rey de Alemania, ni nadie estaba autorizado á confirmar el rey elegido por los príncipes electores. Así



Puerta de San Lázaro en Aviñon.

Reconstruida en 1364 por el papa Urbano V.—Ejemplo interesante de las fortificaciones en la Edad Media para defender la entrada de las ciudades.

concluyó Carlos IV su reinado como lo había principiado, siendo siervo del pontificado y sacrificando sin escrúpulo principios políticos, capitales para la nacion alemana y para la existencia del imperio, con el único objeto de asegurar á su dinastía sus dominios y su posicion.

Con la eleccion y confirmacion de su hijo consideró Carlos IV, sexagenario ya, cumplida su carrera y se dedicó á disponer de sus Estados y hacienda. El rey Wenceslao recibió la parte principal de los dominios tan aumentados de la casa de Luxemburgo, á saber: la Bohemia con la Silesia, una parte de Lusacia y los países bohemios enclavados en Sajonia y

Baviera. Segismundo, que á la sazón contaba solo diez años, recibió la Marca de Brandeburgo, y Juan el ducado de Gollitz, formado expresamente para él de una parte de la Lusacia y de otra del Brandeburgo, la Neumark. La Moravia quedó con el carácter de feudo de la corona de Bohemia en manos de Procopio y Jobst, hijos de Juan Enrique, muerto en el año 1375, y sobrinos de Carlos IV. Wenceslao como rey de Alemania y de Bohemia, como tutor de sus hermanos menores y señor feudal de sus primos, quedó encargado de la direccion suprema de todos los dominios de su casa, y además, á la muerte de su tío Wenceslao, que no tenia herede-